

Bebés lectores

M^a Jesús Fernández Pérez*



Acercar los libros a los niños menores de 3 años fue el objetivo que se marcó la Biblioteca Municipal de Pumarín (Oviedo); una experiencia en la que participaron también los padres, abuelos y cuidadores de los niños. En el siguiente artículo se detalla el proyecto y las actividades que realizaron con los más pequeños.

Cuentacuentos, animación a la lectura, actividades con colegios, clubes de lectura, exposiciones de todo tipo... ¿Y los bebés? ¿Cómo podemos acercar los libros a los niños menores de 3 años en una biblioteca? A partir de esta cuestión, en la Biblioteca Municipal de Pumarín (Red Municipal del Ayuntamiento de Oviedo), comenzamos a madurar la idea y, al cabo de un tiempo, decidimos llevarla a la práctica.

La Biblioteca Municipal de Pumarín forma parte, junto a otras 10 bibliotecas más, de la Red Municipal del Ayuntamiento de Oviedo; de todas ellas, es la que más personas con carnet de lector tiene y la que más préstamos realiza a lo largo del año.

Es una biblioteca urbana, situada en el barrio de Pumarín, de Oviedo, pero con un área de influencia mayor —zonas de Teatinos, Milán...—, que da servicio a una población cercana a los 30.000 habitantes. Existen un número importante de colegios de Primaria y Secundaria en la zona, y también se ubican en ella las facultades de Letras de la Universidad de Oviedo.

Es, por tanto, una biblioteca pública de barrio. Tenemos un amplio espectro de usuarios, desde bebés hasta personas de la tercera edad, pues la biblioteca pretende llegar a todos en la medida de lo posible. Las actividades que se programan van en esta línea.

El proyecto

No fue tarea fácil. Contábamos con los protagonistas de la actividad —los niños que acuden a la biblioteca acompañados de sus padres o de sus hermanos—; también teníamos el espacio adecuado para realizar la actividad —en la biblioteca existe una zona dedicada a los niños menores de 6 años con mobiliario y alfombras, adaptado a sus necesidades—; y contábamos con los libros —libros de tela, de plástico, de cartón duro, con puntas redondeadas...—. ¿Cuál era, pues, el principal problema? La persona capaz de llevar a cabo la actividad directamente, ayudando al bibliotecario. Y esta persona apareció. María Fernández, una usuaria de la biblioteca, especialista en Educación Infantil —algo que resulta importantísimo a la hora de poner en marcha la actividad— y dinamizadora cultural, que había hecho prácticas mientras estudiaba en esta biblioteca y que, al comentarle la idea, se mostró entusiasmada.

Y nos pusimos manos a la obra. Los pasos que seguimos fueron:

— *Elaboración de un proyecto.* Un esquema de la actividad, a la que bautizamos como «Bebés lectores». Los objetivos marcados eran:

- Desarrollo afectivo. Estimular a los niños partiendo de la relación afectuosa entre padres/madres y niños, utilizando los libros para conducirlos a situaciones enriquecedoras.

- Desarrollo cognitivo. Facilitar la labor de estimulación a partir de breves pautas orientadoras para los adultos, que resultan prácticas a la hora de acercarlos los libros a los niños.

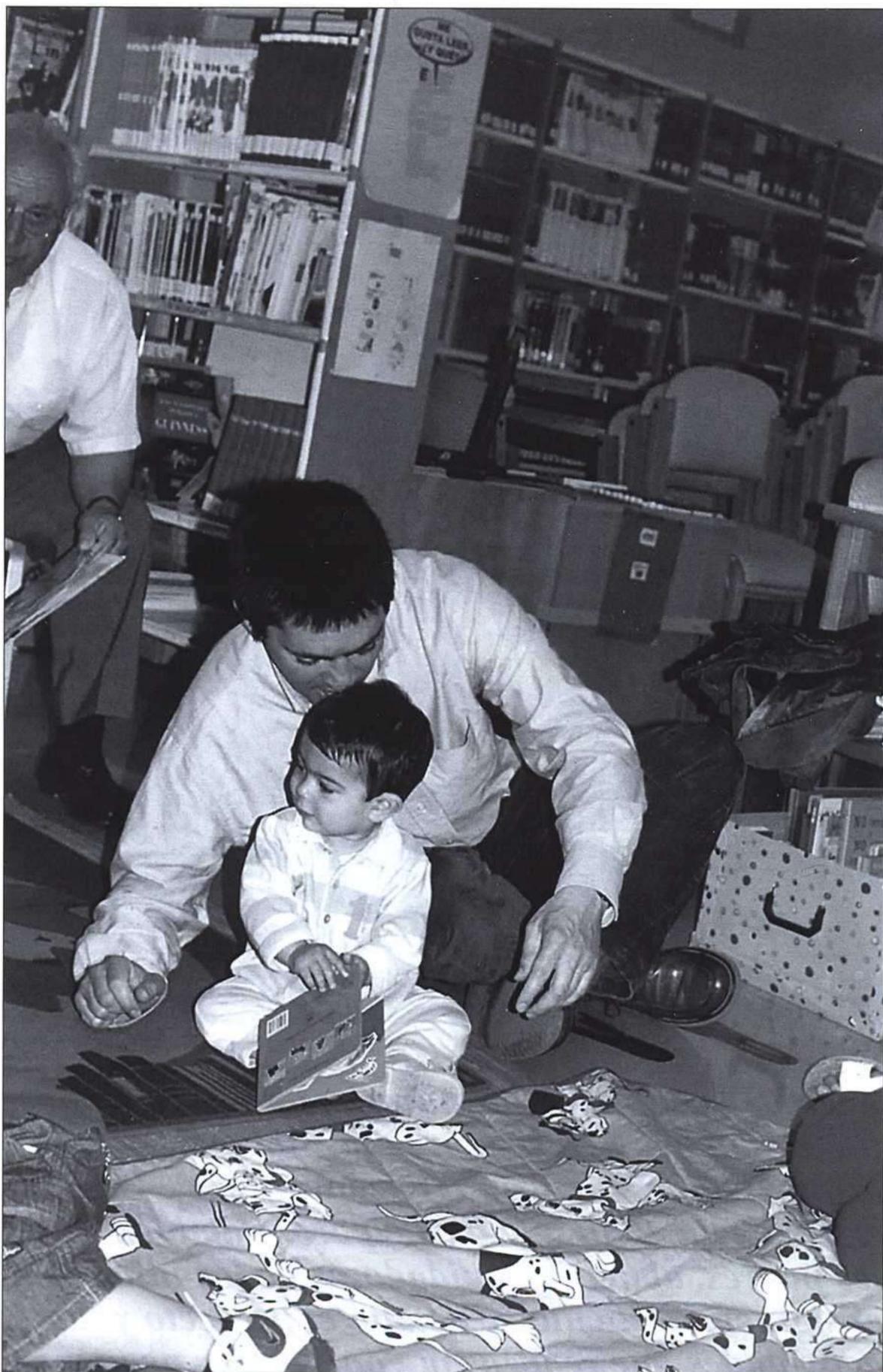
- Desarrollo de la sensibilidad artística. Introducir a los niños, de manera placentera, en el mundo de la literatura y el goce estético.

Se pretendía que el libro fuera, para los más pequeños, un estímulo: para mirar, chupar, esconder, reconocer formas... El libro iba a ser un objeto que se incorporaría en su mundo y le permitiría experimentar sensaciones visuales, táctiles, motrices. Después, se irían incorporando textos breves, con historias muy sencillas, con repeticiones, de manera que el niño pudiera empezar a asociar las imágenes con las palabras.

A partir de los 2 años, ya puede disfrutar con pequeña historias. El libro es, entonces, un liberador de la fantasía.

— *Programación temporal.* En esta primera fase de la actividad creímos

conveniente desarrollar cinco sesiones de una hora de duración (de 11 a 12 de la mañana), por dos razones: la biblioteca está menos saturada de público durante la mañana; y, tras consultar con los



padres, llegamos a la conclusión de que los niños a esa hora suelen estar más despiertos y receptivos que en otros momentos del día.

— *Publicidad en la biblioteca y formación del grupo.* Casi no fue necesaria, pues el número de participantes —15— iba a estar limitado por las características del espacio disponible en la biblioteca. Los padres se mostraron sorprendidos en un primer momento, pero a la vez encantados ante la propuesta.

Se formó, pues, el grupo de 15 niños a los que acompañaban padres, madres, abuelos y cuidadores, que participaron con ellos en la actividad. Las edades oscilaban entre los 12 y los 20 meses.

— *Desarrollo por escrito de las actividades.* A cada una de las actividades se le puso en un título, se desarrolló por escrito, paso a paso, y se detallaron los materiales que eran necesarios para desarrollarlas. Los materiales que no eran libros —cajas forradas, huellas en el suelo, cintas de papel de seda...— fueron elaborados en la propia biblioteca.

Los adultos disponían de un fichero con las actividades realizadas para poder consultarlas y repetirlas con los niños en casa. Al finalizar la actividad, se entregó a cada adulto, un dossier con la misma información.

Ejemplo de una sesión

Los niños llegaban a la biblioteca con sus acompañantes, y los recibíamos en un ambiente relajado, con música tranquila de fondo, y los libros sobre las alfombras o dentro de cajas. A continuación, se sentaban en círculo, delante del acompañante. Se presentaban al grupo pasándose una pelota; cuando estaba en su poder, tenían que decir su nombre («Allí viene el mensaje»).

En busca de un animal

Mediante láminas, reconocían animales que les son familiares —perro, gato, gallina, caballo—. Luego, imitaban los sonidos que hace cada uno —ladrar, maullar, etc.—. Escuchaban una grabación con esos sonidos, y luego buscaban un libro donde hubiera algún animal de los reconocidos. Los leían con el adulto.

Se recogían los libros y se cantaban canciones de animales: *La vaca lechera, En la granja de Pepito...*

Busca el tesoro

Sentados en corro, en el suelo, iban en busca de un tesoro. Seguía las huellas pegadas al suelo; saltaban un gran charco imaginario; escuchaban a los animales del bosque; y rodaban y gateaban por el suelo hasta llegar al tesoro: un libro para cada uno. Lo abrían y lo leían sentados en el suelo.

Mi cuerpo

Mirábamos en un libro cómo es nuestra cara, lo que hay en ella. Tocábamos las diferentes partes —nariz, ojos, boca, orejas—. Cantábamos una canción relacionada con el tema. Después, los poníamos ante un espejo y miraban y tocaban las partes de la cara delante de él. Por último, se les invitaba a hacer muecas, caras guapas y feas, a sacar la lengua, dar besos...

La cueva del osito

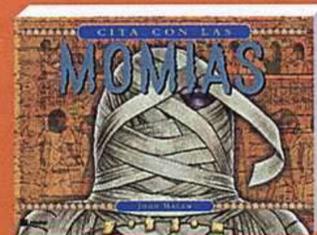
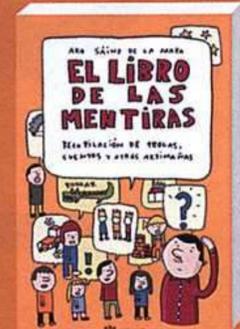
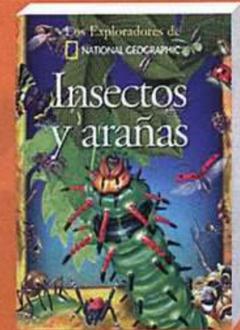
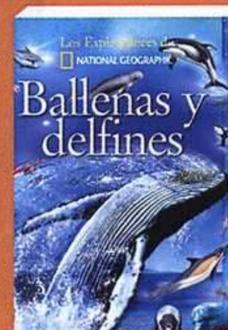
Hacíamos un puño con la mano y se lo enseñábamos a los niños. A partir de ahí, surgía la ocasión para desarrollar el relato de la cueva del osito con ayuda del puño y del dedo pulgar. Intentábamos que los niños repitieran el juego.

Al final de cada sesión, había lectura libre. Cada niño escogía un libro, el que más le gustara y, en un ambiente amenizado con música relajante, ojeaba el libro junto con su acompañante.

La actividad fue filmada varias veces por distintas cadenas de TV local y regional. En la última sesión se regaló a cada niño un libro adecuado a su edad; por su parte, los padres rellenaron una encuesta para evaluar la actividad. Todos la valoraron, manifestaron que volverían a participar y que deseaban que se programara durante todo el año. Nuestro deseo es ése. Nos ha sabido a poco. Esperamos, además, que se extienda la actividad a otras bibliotecas de nuestra red. ■

*M^a Jesús Fernández Pérez es bibliotecaria de la Biblioteca Municipal de Pumarín (Oviedo).

Libros estimulantes y divertidos



RBA MOLINO